

MOCOVÍES

Este grupo étnico es un desprendimiento del conjunto llamado guaycurúes, nombre que viene de la denominación peyorativa que los guaraníes daban a las etnias pámpidas asentadas en el Gran chaco. En el siglo XV habitaban en tierras ubicadas al oeste de la de los abipones y al este de la de los lules, en territorios correspondientes a las provincias argentinas de Chaco y parte de la de Santiago del Estero. Eran un pueblo guerrero que hasta la llegada de los españoles vivía de la caza y la recolección. Cuando se encontraron con el invasor europeo supieron aprovechar el caballo que estos traían para utilizarlo en los ataques a los poblados.

La influencia de los jesuitas, llegados a América con el objetivo de encarar la evangelización de los pueblos aborígenes, provocó importantes cambios en sus culturas. La vida en las reducciones jesuitas implicaba un cambio de organización, y a partir de este cambio fundamental, muchas otras cosas de la vida cotidiana fueron cambiando. Entre las reducciones más importantes se destaca la de San Javier, pero esta, como otras, perdió su peso cuando hacia fines del siglo XVIII los jesuitas fueron expulsados del territorio de la corona española. Las migraciones producidas en la zona por distintas causas, hicieron que con los años este pueblo se desplazara hacia el sur de Chaco y el norte de la provincia de Santa Fe. Desde sus nuevas posiciones atacaron varias veces la ciudad de Santa Fe, en su lucha de resistencia contra el poder de los colonizadores. Como forma de aproximarlos y disminuir su belicosidad, se instaló una reducción para miembros de esta comunidad en las proximidades de la castigada ciudad de Santa Fe.

Al tratarse de un pueblo poco numeroso, son escasos los rasgos puros de su cultura que han perdurado. En la actualidad puede encontrarse su descendencia en algunas zonas del norte de la provincia de Santa Fe y el sur del Chaco, zonas en las que aun mantienen el habla de su idioma, aunque influenciado por el español.

LENGUA

Su lengua “moqoit la’qaatqa”, forma parte de la familia lingüística guaycurú, familia a la que también pertenecen el toba, el pilagá y el caduveo. Según los investigadores también habrían pertenecido a esta familia algunas lenguas ya extintas como el abipón, el mabayá-payaguá y guachí. A groso modo se pueden reconocer dos grandes áreas que marcan la vitalidad de la lengua originaria, lo que indica que la situación sociolingüística entre los mocovíes no es homogénea. El sur de la provincia del Chaco se ve caracterizado por una mayor preservación de la cultura en general y de la lengua en particular, en cambio en la zona de la provincia de Santa Fe, la lengua ha ido cayendo paulatinamente en desuso desde mediados del siglo XX. Esto ocurrió por una ruptura generacional que interrumpió la cadena de transmisión cultural y originó que en nuestros días solo algunos adultos y los ancianos, especialmente mujeres, sean los únicos que



Mocoví.

mantienen la lengua originaria. En lo estrictamente lingüístico también se observan diferencias entre ambas zonas. La isoglosa fonológica que con mayor claridad distingue ambas variedades, incluso para los propios hablantes, es la palatalización de segmentos corales, que opera regular y extendidamente en el mocoví chaqueño y sólo en contextos restringidos en la variedad santafesina. La palabra mocoví tiene una estructura morfológica compleja, con rasgos de poli síntesis. Las relaciones gramaticales son codificadas en el núcleo verbal/nominal, mediante la morfología pronominal y/o de otras marcas específicas. La expresión de los roles semánticos en la morfología pronominal, en términos de afectación del participante, permite caracterizar al mocoví como una lengua con sistema de caso activo/inactivo.

El orden de los constituyentes sintácticos es relativamente libre, con mayor frecuencia de SVO en las cláusulas transitivas, VS en las intransitivas y NA en el sintagma nominal.

La lengua está caracterizada por la expresión gramatical recurrente de parámetros espaciales. Hay un conjunto cerrado de seis elementos que normalmente acompañan a los nombres, caracterizados por codificar parámetros semánticos de configuración y deicticos, presentando propiedades tanto de clasificadores nominales como de demostrativos entrando en procesos morfológicos de derivación de otras categorías lexicales. Por otro lado, distinciones vinculadas con la locación y la direccionalidad se encuentran gramaticalizadas también en la morfología verbal.



Mocovíes.

La lengua está caracterizada por la expresión gramatical recurrente de parámetros espaciales.



HISTORIA

Los guaycurúes penetraron en el siglo XVIII desde el Chaco hacia el espacio en forma de cuña con vértice en el sur de Santa Fe, extendiéndose hacia el norte de la ciudad entre el río Salado y el Paraná.

Llegaron en sus tres grupos principales, los Mocovíes, los Abipones y los Tobas. Estos hostigaron tanto a los pobladores de Santa Fe como a los aborígenes Charrúas y Calchaquies, forzándolos mediante los malones a desplazarse hacia el sur de la provincia.

Ante la situación que generaba la posición belicosa de los guaycurúes, los españoles solicitaron la presencia de misioneros evangelizadores para pacificar a estos pueblos utilizando recursos ya probados como las reducciones. Para 1733, con el nombramiento como Teniente Gobernador de Francisco Javier de Echagüe y Andía, la lucha pone a los blancos en actitud ofensiva.

En estas luchas los Mocovíes fueron derrotados, destacándose los acuerdos de paz logrados por uno de sus más importantes guerreros, el cacique

Aracaiquín. En el proceso de paz intervinieron los Jesuitas, quienes venían haciendo su trabajo de evangelización en la zona y tenían un colegio en la ciudad de Santa Fe, inaugurado a comienzos del siglo XVIII. Las negociaciones se prolongaron entre 1741 y 1743, y en ella alcanza un papel preponderante el misionero jesuita padre Francisco Burgues, participando junto al teniente de gobierno Francisco Antonio de Vera y Mujica y el cacique mocoví Aletín. Como resultado de estas negociaciones se funda la reducción o pueblo de San Javier de Aborígenes Mocovíes.

Los jesuitas fueron expulsados de los territorios coloniales de España en 1767, y su lugar en el proceso de evangelización es ocupado por los Mercedarios, quienes permanecen al frente de la misión hasta 1808, pero durante ese tiempo el pueblo primero se estanca y luego comienza su retroceso. Para revertir la situación el Triunvirato porteño dispuso en 1812 que los franciscanos del Convento de San Carlos de San Lorenzo tomaran a su cargo el pueblo de San Francisco Javier de los aborígenes Mocovíes.

El impacto cultural causado por la colonización española se hizo sentir rápidamente en los mocovíes.



El impacto cultural causado por la colonización española se hizo sentir rápidamente en los mocovíes, quienes en el siglo XVII ya habían incorporado el caballo, lo que les permitió extender sus dominios territoriales. Luego, a mediados del siglo XVIII se instalaron varias misiones jesuíticas que comienzan un periodo de transculturización que se acentúa en los siglos XIX y XX por el avance de los colonos sobre los territorios mocovíes, incorporándolos lentamente al mercado laboral a través de los obrajes de las explotaciones forestales, los ingenios azucareros y las cosechas.

Como resultado de este proceso se fue produciendo paulatinamente la asimilación con la población criolla de la zona, acentuado en los matrimonios y otras estrategias de invisibilización de las etnias. Pero algunos grupos mantuvieron costumbres y prácticas como las uniones intraétnicas, la realización y comercialización de artesanías, la pesca mediante la técnica de fija, las creencias religiosas y el poder de los chamanes, la fiesta de renovación de la naturaleza realizada los 30 de agosto, y otros rasgos distintivos de su cultura. Los cambios políticos ocurridos en Argentina durante la década de 1980 con el retorno al régimen democrático, trajeron entre otros avances la promulgación de la Ley Nacional sobre Política Indígena, lo que impulsó a los mocovíes a formar la Organización de Comunidades Aborígenes de Santa Fe (OCASTAFE). El trabajo de la OCASTAFE llevó a los indígenas a la recuperación de su identidad como pueblo. Actualmente, existen diecisiete asentamientos mocovíes en la provincia de Santa Fe y grupos familiares en diversas poblaciones criollas.



Norte argentino.

ECONOMÍA

Los mocovíes basaban su subsistencia en la caza, la pesca y la recolección. En la caza la presa preferida era el pecarí o chancho del monte, actividad para la que utilizaban los perros, con los que acorralaban al pecarí para luego sacrificarlo a golpes de macana (maza de madera). También utilizaban como armas para la cacería el arco y flecha y la lanza. Cada familia tenía un componente que se dedicaba a la caza, que se practicaba en forma grupal o colectiva durante todo el año.

La pesca era de especial importancia entre los grupos que habitaban a orillas del río Bermejo.

Como recolectores se ocupaban del fruto del algarrobo, y de recoger langostas que conformaban parte de su alimentación, cocinadas en una olla con agua o tostadas.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL

Se organizaban en grupos constituidos por dos o más familias vinculadas entre sí con algún grado de parentesco. Estas unidades o “bandas” eran exógamas, con linealidad bilateral y con un predominio de la norma de residencia matrilocal. Al llegar la primavera comenzaban a reunirse bandas aliadas para realizar rituales que se extendían también durante el verano. Uno de los rituales a los que daban mayor importancia era el consumo de bebidas fermentadas, a través del cual profundizaban sus liderazgos y alianzas.

COSMOVISIÓN

Las creencias religiosas de los mocovíes se basaban en el animismo y la magia. En su fe, todos los seres de la naturaleza tienen un alma o los anima un espíritu que ha sido concebido con capacidad de acción y móviles humanos. Por sobre todo y todos existiría un ser supremo al que no le rendían culto. Tampoco rendían culto a los astros ni a los fenómenos naturales, aunque si los personificaban y los creían portadores de poderes benéficos o maléficos para el hombre. Si merecía su celebración con la realización de fiestas la aparición de la constelación Pléyades en el horizonte o la luna nueva. Un lugar de privilegio dentro de la tribu lo ocupaba el hechicero o shamán, pues a él se atribuía el poder de interceder ante los espíritus que mandaban sobre las fuerzas naturales. Por eso a estos espíritus les dedicaban ceremonias en las que imploraban por el buen tiempo, las lluvias, la fructificación y otros prodigios de la naturaleza.



Caballo.

CULTURA

ALFARERIA

Por lo general era una tarea de la que se ocupaban las mujeres. Realizaban sus trabajos utilizando la técnica del rodete en espiral, con la que concretaban piezas de forma su globular con cuerpo amplio y cuello estrecho, con asas pequeñas donde enhebraban un hilo que servía de sostén.

EL ORIGEN DE LOS MOCOVÍES

Hay una leyenda que cuenta el origen del pueblo mocoví. Según esta leyenda tobas y matacos tenían una rivalidad histórica que los mantenía siempre en guerra, salvo cortos periodos de tregua en los que se refugiaban en los montes donde se proveían de alimentos para la subsistencia, actividad típica de los pueblos nómades. En el transcurso de uno de los breves momentos de paz que se prodigaban las tribus enemigas, una joven toba y un joven mataco se vieron en el monte. El amor fue mayor que el odio y el resentimiento existente entre sus familias, arrastradas por una rivalidad sin fin. Amparados por la selva, ocultaron su amor hasta que un día fueron descubiertos. Los guerreros de sus respectivas tribus los persiguieron para matarlos por entregarse a un amor prohibido, sin considerar siquiera la posibilidad de legitimar la pareja. Acorralados, se internaron en el monte y allí fundaron una familia cuyos hijos fueron los primeros mocovíes, quienes se expandieron por montes y llanuras en el triángulo que forman los ríos Paraná, Bermejo y Salado.



Mocovíes cazando.

LEYENDA DEL ZORRO Y LA CHUÑA

Los mocovíes son muy respetuosos del zorro. Consideran a este animal sumamente astuto, pero esa misma astucia impide conocer la intención del animal que podría ser buena o mala. Esta es la característica que se subraya cuando se dice a alguien "zorro". La historia proviene de una leyenda surgida de un largo periodo de sequía y altas temperaturas. Tal era la falta de agua que allí donde había aunque más no fuera un charco, el dueño del lugar lo protegía. En este caso se trataba de una aguada cuya dueña era una chuña.

Los mocovíes son muy respetuosos del zorro.



La aguada atrajo a un zorro que quería calmar su sed, pero sabiendo que la chuña lo vigilaba y temiendo su carácter, no se animaba a acercarse. Cuando no pudo más de sed superó el temor que lo paralizaba y se arrimó a la chuña mostrándose simpático para rogar que le permitiera beber. La chuña, desconfiada, le negó el permiso y en cambio lo desafió a una carrera, el que ganara se quedaría con el dominio de la aguada. El zorro, suponiendo que no tendría dificultades para vencer, aceptó.

Llegado el momento de la partida, el zorro se adelantó y se lanzó a la carrera antes de que sonara la voz de largada, intentando sacar ventaja pues se sentía cansado. Pero las zancadas de la chuña los dejaron atrás, lo que provocó un gran disgusto en el zorro que de todas maneras, y aunque no era lo que había pactado, quiso beber igual. Empujó a la chuña y se generó entre ellos un enfrentamiento. La chuña en un momento le aplicó una patada al zorro que dio una vuelta por el aire y cayó sentado arriba del tronco de un árbol, aprisionado en su parte trasera y gritando de dolor. Esto no reblandeció a la chuña ni a los otros animales del bosque que conociendo las agucias del zorro, pensaron que se trataba de una más.

Pasados más de cuatro días, el zorro ya exhausto vio acercarse un remolino, espíritu que gira y gira empujado por el viento, y le pidió ayuda con lo último que quedaba de sus fuerzas. El remolino recordó que alguna vez el zorro lo había ayudado y lo retribuyó liberándolo.

El zorro al verse libre buscó alimento para saciar su hambre, que de tanto días sin comer ya era voraz. Comió chañar y misto en abundancia, pero notó con angustia que todo que no podía retener lo que ingería, entonces volvió a pedir ayuda a los gritos. Una vez más todos los animales del bosque oyeron sus súplicas, pero ninguno se acercó a ayudarlo. Finalmente aparecieron las rubiecitas, avispas doradas descendientes de un pueblo que no conoció el mal, taparon la parte trasera del zorro con cera fabricada por ellas y lograron así que el alimento no se escapara de su cuerpo. Viendo esto el zorro les agradeció a las rubiecitas, pero de pronto se encontró con un problema: después de digerir los alimentos, el mínimo esfuerzo hecho para expulsar los restos provocó la caída del tapón de cera, volviendo entonces a la situación anterior.

Nuevamente pidió ayuda, y esta vez acudieron en su auxilio las boquillas de barro, avispas negras del árbol, también descendientes del pueblo que no conoció el mal, quienes taparon con barro la zona abierta. En este caso la solución pareció ser efectiva, ya que el zorro comió frutas del bosque y notó que ante sus esfuerzos, el trasero resistía. Pero cuando se hartó de comer y sintió la necesidad de evacuar, notó que las boquillas de barro se habían olvidado de hacer un orificio.

Con el correr de los días la situación del zorro se volvió dramática, su pansa se hinchaba y aumentaba el dolor que lo hacía revolcarse y gritar. Esta vez los animales no dudaron de la veracidad de su sufrimiento y quisieron ayudarlo, pero no sabían cómo. Entonces apareció un pájaro carpintero quien con su poderoso pico creyó poder solucionar el problema haciendo una abertura en la zona tapada. Cuando el rumor de lo que sucedía corrió por el bosque, todos los pájaros, por entonces grises pues ninguno tenía color, asistieron al lugar a ver como su par carpintero realizaba la tarea. Este, al advertir la presencia de los espectadores les advirtió que se alejaran, pero no le hicieron caso. El carpintero se desentendió y continuó con su labor. Cuando estaba por termina y después de insistir inútilmente con los otros pájaros para que se alejaran, se produjo una gran explosión que expulsó lo que el zorro retenía desde hacía días, empapando con sangre y excremento al propio carpintero y a los curiosos. En el carpintero el copete quedó de color rojo, y así en la medida de su cercanía cada uno de los pájaros recibió distintas tonalidades que se iban degradando hasta llegar a las tímidas palomas, quienes al estar alejadas conservaron su color gris en tanto sus patas apenas salpicadas se tornaron rosadas.



*Tatuaje corporal de un cacique Mocoibí
según Florián Paucke (S.XVIII)*

Este fue el hecho que originó el color de los pájaros, por eso los mocovíes miden su curiosidad según la intensidad de los colores de sus plumajes.

VIVIENDA Y ARQUITECTURA

En principio los mocovíes construían sus viviendas valiéndose de ramas enconadas que cubrían con paja dejando un espacio abierto para la entrada.

Más tarde incorporaron el caballete, que quizás haya llegado a su cultura por vía del préstamo, Colocaban el caballete como elemento central y sobre él asentaban el ramaje o la paja. Estas viviendas tenían como mucho 1,80 m de altura. Allí colocaban sobre el suelo, a modo de cama, un cuero.

CARACTERÍSTICAS FÍSICAS

Los mocovíes tenían una estatura promedio de 1,64 m, eran musculosos y de gran parecido con los tobas.

Se adornaban los lóbulos de las orejas utilizando diversos adornos, lo mismo que los labios donde lucían tambetá, que eran los adornos labiales.

ACTUALIDAD

Las comunidades mocovitas que subsisten se encuentran en el centro y sudoeste de la provincia de chaco, en la provincia de Santa Fe, en la región que se extiende entre las ciudades de Reconquista y Santa Fe, y en otros puntos de la zona sur de esa provincia. También se registra el asiento de familias mocovitas en Colonia Aborigen Chaco, en Sáenz Peña, Chaco; en los barrios tobas de Rosario, en Santa Fe; y en la periferia de La Plata y algunos otros lugares de la provincia de Buenos Aires.

Los mocovíes llaman "isla" a la zona del río Paraná y los arroyos, bañados y cañadas que lo rodean. En esta zona encontraron el lugar ideal para desarrollar sus actividades pesqueras, principalmente del sábalo y del moncholo; y también para la caza del carpincho, la nutria y el yacaré, entre otras especies. En esta área también



St. Ignatius Loyola: representación jesuitas.

se encuentran bosques (a los que los mocovíes llaman montes), donde predominan el quebracho y el algarrobo. Pero ante el avance de las explotaciones forestales y el crecimiento de la ganadería, las zonas boscosas se han reducido notablemente, como también su fauna.

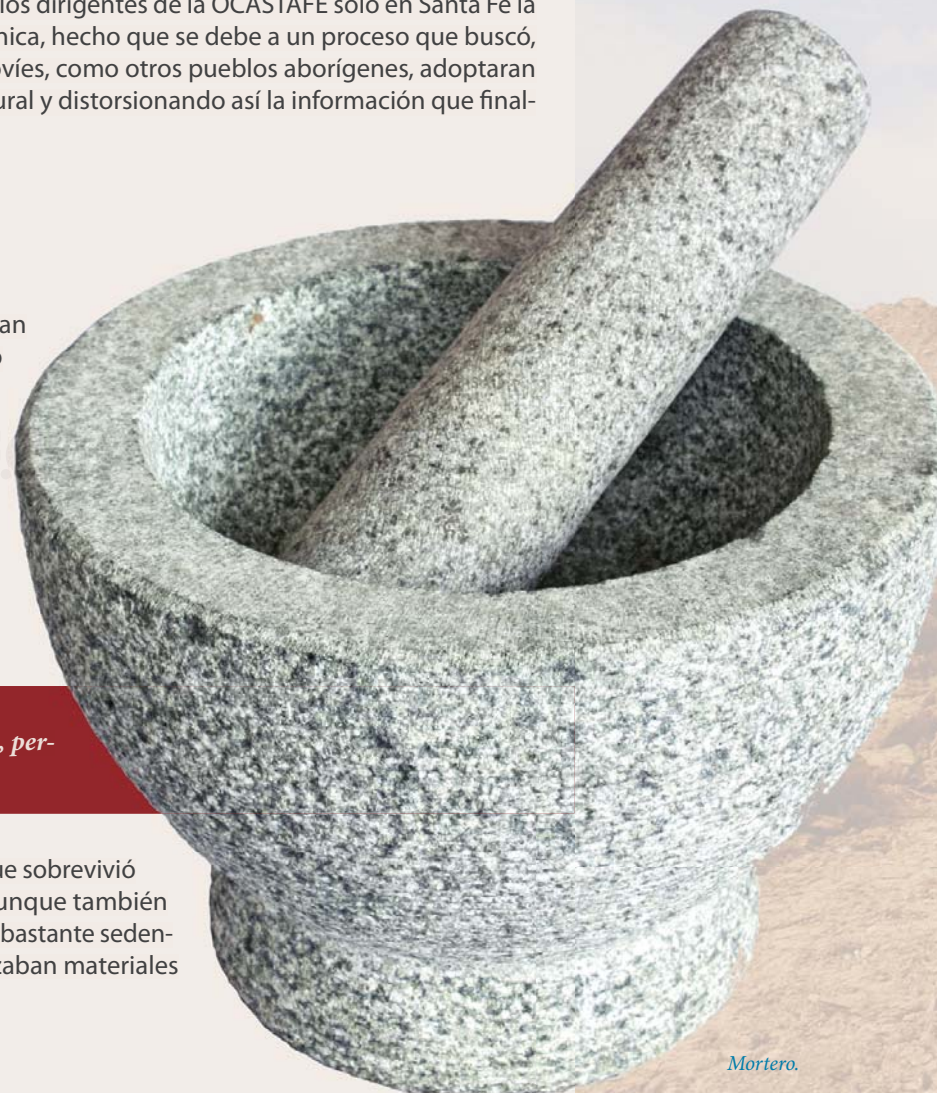
En lo que respecta a la cantidad de población, no se poseen datos confiables ya que distintas fuentes presentan diferencias considerables. En la década de 1980, según algunos investigadores existían entre 5.000 y 8.000 mocovíes. Pero según los dirigentes de la OCASTAFE sólo en Santa Fe la cifra alcanzaría los 40.000. Las abultadas diferencias se deben a la complejidad de la identidad étnica, hecho que se debe a un proceso que buscó, por cuestiones ideológicas impuestas por el poder, la homogenización, lo que hizo que los mocovíes, como otros pueblos aborígenes, adoptaran como estrategia de supervivencia la invisibilidad y la adaptación, permitiendo la asimilación cultural y distorsionando así la información que finalmente queda desvirtuada.

OLONGASTAS

Este pueblo habitó en el noroeste de la provincia de Córdoba, el norte de San Luis, el sureste de San Juan y el sureste de la provincia de Santiago del Estero, es decir, la región centro-oeste del territorio Argentino, en los alrededores de las Salinas Grandes. A pesar de las dudas que persisten acerca de su filiación, la mayoría coincide en incluirlos entre los diaguitas o paziocas, quienes conjuntamente con los ambargastas serían las parcialidades más meridionales y orientales. Las dudas que existen acerca de su filiación se deben a su etno génesis, donde se hace evidente un predominio cultural andino y una elevada frecuencia de fisiotipos pámpidos y huárpidos, que usaban como ellos los hornos de tierra. Además recibieron influencias incaicas. Hacia el siglo XVI sus vecinos eran: al este los pámpidos llamados toconotés y salavirones, al sur y sureste los semihuárpidos comechingones, al suroeste los huarpes propiamente dichos, al norte y noroeste otras parcialidades paziocas como la de los capayanes.

Los españoles los llamaron indamas, se cree que como “españolización” de la palabra mundema, perteneciente a una lengua mezcla de palabras comechingones y paziocas.

Es poco lo que se ha mantenido de su cultura, y esto porque siempre fueron un pueblo reducido que sobrevivió en un hábitat con recursos escasos para la alimentación. Eran recolectores, cazan y pescaban, aunque también llegaron a practicar la agricultura sembrando papa y maíz, y la ganadería de llamas, lo que los volvió bastante sedentarios, aunque no se han encontrado restos de sus viviendas, lo que permite deducir que no utilizaban materiales perdurables. Según se cree las realizaban de adobe y las techaban con ramas de sacate.



Mortero.